

JUBILEO DE LOS JÓVENES: «CRISTO SE ENTREGÓ POR NOSOTROS»

Roma, agosto del 2000

Queridos jóvenes:

El Año Jubilar nos ha puesto a todos, como adoradores maravillados y agradecidos, ante el misterio trinitario. Quizá no es apropiado decir que estamos ante el misterio del Único Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, sino sumergidos en la corriente incesante de amor que fluye del Padre al Hijo y retorna del Hijo al Padre en el Espíritu. Porque la revelación de Dios no consistió en descender un velo para que pudiéramos al menos atisbar la riqueza insondable de la vida trinitaria, sino en enviarnos al Hijo para hacernos partícipes de esa misma vida. Es eso lo que celebramos en este Año Jubilar: que el Hijo vino a nosotros y asumió la condición humana en Jesús de Nazaret. Celebramos, pues, en la fe, los dos milenios transcurridos desde la encarnación del Hijo eterno de Dios Padre.

El evangelista San Juan expresa de modo admirable la causa esencial de la Encarnación del Verbo: *«Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo»* (Jn 3, 16). La encarnación del Hijo no es una condición exigida por nuestra ignorancia o nuestros pecados en orden a la salvación. Algunos han dicho en el pasado: la dureza de corazón del hombre pecador y despreocupado, que lo hace incapaz de acceder a la salvación, obligó a Dios a hacerse hombre para que, tomando el lugar del hombre, pudiera salvar a la humanidad. Pero Dios no actúa por condicionamientos humanos, no hay ninguna necesidad humana que fuerce la actuación de Dios. La encarnación es un don sublime y gratuito del amor de Dios a los hombres. Luego, Jesús es el Hijo entregado al mundo, a nosotros, por el Padre que nos ama y que, al decir de San Pablo, *«no se reservó a su Hijo»* (Rm 8, 32).

La entrega configurará la vida de Jesús, una entrega que, en absoluta fidelidad a la voluntad del Padre, Jesús realizará también por amor. Es su opción de entrega la que lo hace ser como Él es. Jesús va a llevar una vida para los demás. Ese es su sacerdocio, esa es su ofrenda, y no hay que esperar a la hora de la Cruz para que Él haga el don de sí al Padre por todos los hombres. La Carta a los Hebreos nos presenta a Cristo, diciéndole al Padre desde su entrada en el mundo: *«Aquí estoy, para hacer tu voluntad»* (Hb 10, 9). Esa disponibilidad se va desplegando a lo largo de su vida. Su género de vida será el de una pro-existencia, es decir, Jesús vive por y para los otros. Se entrega a las multitudes que lo siguen o al pobre leproso, al ciego a quien pregunta: *¿qué quieres que te haga?*, o a la mujer enferma que le sale al paso y le tira del manto. Jesús reclama esa misma actitud de sus seguidores: *«si alguien te pide que camines con él una milla, camina dos, a quien te pide la túnica dale también el manto»* (Mt 5, 40-4).

La entrega es un elemento indispensable y fundamental en nuestra vida cristiana. La entrega es lo más opuesto a la exaltación del propio yo y a cualquier clase de egoísmo. En la misma naturaleza humana, la entrega forma parte, como un factor psicológico importante, del desarrollo normal de toda persona. El hombre y la mujer se entregan uno al otro por amor, el padre y la madre deben entregarse a sus hijos. Y en el darse se encuentran razones superiores para vivir y para ser felices.

Hagan la prueba los jóvenes: entreguen desde temprano sus vidas a tareas buenas, positivas, de servicio a los demás y comprobarán cuánta verdad encierra la hermosa oración de San Francisco de Asís: *«porque es dando como se recibe y olvidándonos como nos encontramos a nosotros mismos»*.

Con cuánto gozo y gratitud vemos hoy cómo no pocos jóvenes de países desarrollados, al terminar sus carreras técnicas o universitarias, dan uno, dos y más años de trabajo en los países necesitados del mundo. Hay mucha generosidad en los corazones juveniles. Crece esta disponibilidad para servir durante un tiempo determinado, pero al mismo tiempo vemos con preocupación que hay temor en los jóvenes a la entrega que compromete toda la vida. Muchos y

muchas temen casarse y establecer un hogar y solo viven relaciones transitorias, como si se hubiera perdido la confianza en la fuerza del amor. Y esta vacilación ante una entrega total es causa también de la pobre respuesta de bastantes muchachos y muchachas al llamado de Jesús para seguirlo en la vida sacerdotal o religiosa.

Hay también, entre los jóvenes de países pobres que han alcanzado un nivel profesional, un buen número de ellos que abandonan sus países de origen buscando mejores condiciones de vida. Entregarse no es siempre partir, a veces exige permanecer.

Estamos todos necesitando sentir la llamada de Jesús al joven rico, quien no era simplemente un adinerado; se puede ser rico en conocimientos, en posibilidades personales, en inquietudes apostólicas. A vosotros, queridos jóvenes, os repito el llamado insistente de Jesús: «*Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, ven y sígueme*» (Mt 19, 21).

Pero hay un movimiento malo en nosotros, del orden del pecado, que nos lleva a vivir para nosotros mismos y a rechazar cualquier clase de entrega. Jesús advierte a los suyos que ese camino conduce a la ruina: «*Quien guarda su vida para sí la pierde, quien la entrega la gana para siempre*» (Jn 12, 25). Y así, aun inscrita en nuestra misma naturaleza humana como el camino verdadero de realización personal y urgida por Jesús como el modo propio de ser discípulo suyo, nuestro egoísmo y el pecado pueden llevarnos a cuestionar o rechazar la entrega.

Debido a esto, Jesús estaba persuadido de que su vida entregada iba a encontrar resistencia en medio de sus contemporáneos, máxime cuando Él la propone como único modelo válido de vida para todos. No pocos de los fariseos y sacerdotes, que habían circunscrito su religión a cumplir las normas establecidas, le salen al paso: «¿por qué curas en sábado?, ¿con qué poder le dio este la vista al ciego?, ¿por qué comen tus discípulos sin lavarse las manos?». Amor, entrega, misericordia son actitudes afines que no son vivenciadas por quienes cierran su corazón al otro y permanecen aferrados a sus puntos de vista y a sus preceptos.

Jesús siente que sus mismos discípulos no comprenden que seguirlo a Él es también asumir su estilo de vida para los demás. En su camino hacia Jerusalén, en el cual Jesús iba constatando la resistencia abierta o callada de muchos, Él le dice al grupo de los apóstoles que «*el hijo del hombre tiene que sufrir mucho, tiene que ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los letrados, ser ejecutado y resucitar al tercer día*» (Mt 16, 19-22). Entonces Pedro lo tomó aparte y empezó a increparlo: «... Señor, no te pasará a ti eso». Y Jesús se ve obligado a dirigirle un claro reproche a Pedro: «*tú piensas como los hombres y no como Dios*» (Mt 16, 23). Pedro no había comprendido aún que el don de sí mismo hay que llevarlo hasta el final, no puede haber cálculo en la entrega.

También en esa subida a Jerusalén, otros dos discípulos discuten sobre el puesto que tendrían ellos a la derecha e izquierda de Jesús cuando Él estableciera su reino. Jesús desplegaba ante sus discípulos su propia entrega, pero ellos seguían pensando en sí mismos, no llegaban a comprender el propósito del Maestro, buscaban el éxito o lo que les reportara alguna ventaja. No había en ellos aún una disponibilidad total para la entrega de sus vidas.

¿Y el pueblo? El pueblo que se agrupaba en torno a Jesús lo buscaba y lo seguía, pero tampoco respondió cuando Jesús fue un poco más allá de la satisfacción de sus necesidades individuales o colectivas. Ante lo que exige algo más de sí, la gente se echa atrás o actúa gregariamente, según sus intereses. Solo de la entrega personal de cada uno puede esperarse un cambio en la familia, en la sociedad y aun en las relaciones entre pueblos.

Recordemos el discurso del Pan de Vida. Después de haber repartido pan a la multitud, el Maestro dijo que Él debía ser comido, aceptado, que su persona, su vida entregada era un pan vivo bajado del cielo, mejor que el que Él había repartido a la gente. Entonces todos empiezan a irse. En

esa ocasión, Jesús hizo al pueblo un reproche válido y de alcance universal: «*vosotros me habéis seguido porque os habéis llenado de pan*» (Jn 6, 26), es decir, por interés.

Pero ni las trabas o amenazas ni la apatía de sus mismos discípulos ni la incompreensión del pueblo hicieron a Jesús variar su actitud y su estilo, ni lo detendrán en su camino hacia la Ciudad Santa, donde debía consumir el don de sí mismo al Padre. Y así quedó planteado el drama de Jesús en Jerusalén; que Él vivirá como una triple entrega:

1. Uno de sus discípulos, por medio de la traición, lo entrega a los notables del pueblo.

2. Los notables del pueblo, aun siendo opositores unos de otros, se ponen de acuerdo y lo entregan a la autoridad romana, que lo condena a muerte.

3. Pero, sobre todo, el Padre lo entrega en manos del traidor, de los interesados y malvados.

¿Cómo responderá Jesús a esta misteriosa y triple entrega? Lo hará por medio de su propia entrega personal y libre. De las circunstancias aplastantes que lo cercan, de esa soledad tremenda donde el Padre parece abandonarlo en manos de sus enemigos, Jesús toma la ocasión para ser libre protagonista de su drama. Ya Él lo había expresado de este modo: «*mi vida nadie me la quita, soy yo quien la doy*» (Jn 10, 18). Su proyecto de vida fue completado hasta el final. Había entrado a nuestra historia entregado por el Padre que tanto había amado al mundo, que no se reservó a su Hijo para sí; Él saldría ahora del mundo entregándose al Padre por amor a nosotros: «*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*» (Lc 23, 46). Así culminaba la entrega ininterrumpida de la vida de Jesús.

Cada domingo en el Credo, al proclamar nuestra fe en Jesucristo, Nuestro Señor, decimos que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, se encarnó de María Virgen, padeció, fue crucificado, muerto y sepultado y resucitó al tercer día. En la entrega de Jesús en la cruz se concreta el «por nosotros» del Credo, que explica la encarnación y muerte del Hijo como un acto de amor infinito, «hasta el extremo».

Durante casi todo el segundo milenio cristiano, el pensamiento sobre la encarnación y muerte del Hijo de Dios ha estado marcado por un razonamiento teológico según el cual la entrega de Cristo en la Cruz se produce por motivos necesarios: tuvo que llevarse a cabo de ese modo porque el hombre, al pecar, infiere a Dios una ofensa infinita que crea una separación abismal entre Dios y nosotros, que somos incapaces de reparar esa ofensa. Entonces, Dios decide reparar la culpa, tomando la naturaleza humana en la persona del Hijo, y de ese modo quien ofrece la reparación a Dios con sus sufrimientos crueles y su muerte es un hombre, pero al mismo tiempo es Dios, y el Padre perdona así la ofensa, pues la ofrenda del Hijo en la cruz tiene el valor infinito que el hombre nunca hubiera podido darle.

Esta manera de pensar lleva a una consideración del sacrificio de Cristo en la Cruz como el del redentor golpeado por el Padre, que carga sobre el Hijo todas nuestras miserias y pecados para que Él pague por nosotros. ¡Cuánto se popularizó esta espiritualidad aun hasta nuestros días!

Pero pensando de este modo sentiríamos que la muerte de Jesús nos acusa. Sin embargo, la vida de Jesús no fue una vida acusadora. Jesús no vivió contra nadie: «*yo no vine a condenar, sino a salvar*» (Jn 12, 47), y su muerte, que culmina la trayectoria de su vida, tampoco fue contra nadie. Los mártires de las grandes causas políticas acusan muchas veces, con su sangre, a quienes los llevan a la muerte. Sin embargo, ante la Cruz de Jesús, todos nos sentimos responsables, pero todos nos sentimos salvados. Pilato, Herodes, Pedro, Nicodemo, el Centurión romano, somos por turno cada uno de nosotros. La Cruz nos descubre nuestra realidad personal con todas sus facetas oscuras y nos capacita, al mismo tiempo, para oír de labios de Jesús el «*perdónalos, Padre, que no saben lo que hacen*» (Lc 23, 34), que es también para cada uno de nosotros y que nace del amor infinito que el Padre nos manifestó «hasta el extremo» en su Hijo.

Lo que Dios ha hecho por nosotros, los hombres y por nuestra salvación: descender a nuestra miseria, anonadarse, morir en una cruz, es algo incomprensible para el hombre de «pensamiento débil», el hombre «lite» que cree que vale tan poco, que nada tiene tanta importancia, ni nosotros mismos ni menos aún nuestros actos. Esas son las características del hombre posmoderno, generadoras de un estado de opinión y de un modo de sentir ante los cuales deben estar atentos los jóvenes que quieren de veras seguir a Cristo.

En la modernidad, el hombre se consideró tan importante que sentía que Dios le estorbaba, le robaba su libertad, era el gran oponente a sus deseos de grandeza. En esta época de la historia el hombre se considera tan irrelevante que no se atreve a justificar los grandes «esfuerzos» que Dios hace por él para salvarlo. Algo parecido era el mundo romano decadente, al cual llegó, por boca de los apóstoles, el mensaje del Dios hecho hombre, muerto en una cruz y resucitado.

Pero no importan las resistencias que el hombre oponga a la salvación que Dios le ofrece, el amor de Cristo, que lo llevó a su entrega por nosotros, puede vencer en cualquier ser humano la frialdad, la dureza de corazón y el pecado. Si Jesús nos llama a anunciar su amor y su misericordia a nuestros hermanos es para que ellos puedan participar de la misma dicha que tenemos los que *«hemos visto el amor y hemos creído en él» (Jn)*.

Una vez en contacto con Cristo, que sana y perdona, todos pueden salir de las tinieblas, acceder a la luz, abandonar el pecado y comenzar una vida nueva, porque Cristo «en su persona subió nuestros pecados a la Cruz, para que nosotros muramos a los pecados y vivamos para la honradez: sus llagas os curaron. Andabais descarriados como ovejas sin pastor pero ahora habéis vuelto a vuestro pastor y guardián» (1 P 2, 24-25). Esto, que vale para nosotros, vale también para todos los hombres y mujeres del mundo que acepten el don de la salvación en Cristo, porque la entrega de Jesús por nosotros tiene el valor de su amor sin límites.